

Macedonio Fernández

La poesía de Macedonio Fernández (1874-1952), a pesar de haber sido publicada aquí hace más de 40 años por mediación de Alfonso Reyes, resulta todavía hoy casi desconocida en México, así como el resto de sus libros.

La breve antología que sigue no se propone subsanar ese olvido, sino, más modestamente, llamar la atención sobre un escritor que durante medio siglo redactó, secretamente, una de las obras más sólidas e innovadoras de la literatura latinoamericana.

Presentamos antes las palabras que dijo Jorge Luis Borges ante la bóveda en que se guardan los restos de Macedonio Fernández.

Un filósofo, un poeta y un novelista mueren en Macedonio Fernández, y esos términos, aplicados a él, recobran un sentido que no suelen tener en esta república.

Filósofo es, entre nosotros, el hombre versado en la historia de la filosofía, en la cronología de los debates y en las bifurcaciones de las escuelas; poeta es el hombre que ha aprendido las reglas de la métrica (o que las infringe, ostentosamente) y que sabe, también, que puede versificar su melancolía, pero no su envidia o su gula, aunque tales pasiones sean fundamentales en él; novelista es el artesano que nos propone cuatro o cinco personas (cuatro o cinco nombres) y los hace convivir, dormir, despertarse, almorzar y tomar el té hasta llenar el número exigido de páginas. A Macedonio, en cambio, como a los hindúes, las circunstancias y las fechas de la filosofía no le importaron, pero sí la filosofía. Fué filósofo, porque anhelaba saber quiénes somos (si es que alguien somos) y qué o quién es el universo. Fué poeta, porque sintió que la poesía es el procedimiento más fiel para transcribir la realidad. Macedonio, pienso, pudo haber escrito un Quijote cuyo protagonista diera con aventuras reales más portentosas que las que le prometieron sus libros. Fué novelista, porque sintió que cada yo es único, como lo

es cada rostro, aunque razones metafísicas lo indujeron a negar el yo. Metafísicas o de índole emocional, porque he sospechado que negó el yo para ocultarlo de la muerte, para que, no existiendo, fuera inaccesible a la muerte.

Toda su vida, Macedonio, por amor de la vida, fué temeroso de la muerte, salvo (me dicen) en las últimas horas, en que halló su coraje y la esperó con tranquila curiosidad.

Intimos amigos de Macedonio fueron José Ingenieros, Ignacio del Mazo, Carlos Mendiondo, Julio Molina Vedia, Arturo Múscari y mi padre; hacia 1921, de vuelta de Suiza y de España, heredé esa amistad. La República Argentina me pareció un territorio insípido, que no era, ya, la pintoresca barbarie y que aún no era la cultura, pero hablé un par de veces con Macedonio y comprendí que ese hombre gris que, en una mediocre pensión del barrio de los Tribunales, descubría los problemas eternos como si fuera Tales de Mileto o Parménides, podía reemplazar infinitamente los siglos y los reinos de Europa. Yo pasaba los días leyendo a Mauthner o elaborando áridos y avaros poemas de la secta, de la equivocación, ultraísta; la certidumbre de que el sábado, en una confitería del Once, oiríamos a Macedonio explicar qué ausencia o qué ilusión es el yo, bastaba, lo recuerdo muy bien, para justificar las semanas. En el decurso de una vida ya larga, no hubo conversación que me impresionara como la de Macedonio Fernández, y he conocido a Alberto Gerchunoff y a Rafael Cansinos Assens. Se habla de la irreverencia de Macedonio. Este pensaba que la plenitud del ser está aquí, ahora, en cada individuo; venerar lo lejano le parecía desdeñar o ignorar la divinidad inmediata; de ese recelo procedieron sus burlas contra viejas cosas ilustres.

Los historiadores de la mística judía hablan de un tipo de maestro, el *Zaddik*, cuya doctrina de la Ley es menos importante que el hecho de que él mismo es la Ley. Algo de *Zaddik* hubo en Macedonio. Yo por aquellos años lo imité, hasta la transcripción, hasta el apasionado y devoto plagio. Yo sentía: Macedonio *es* la metafísica, *es* la literatura. Quienes lo precedieron pueden resplandecer en la historia, pero eran borradores de Macedonio, versiones imperfectas y previas. No imitar ese canon hubiera sido una negligencia increíble.

Las mejores posibilidades de lo argentino –la lucidez, la modestia, la cortesía, la íntima pasión, la amistad genial– se realizaron en Macedonio Fernández, acaso con mayor plenitud

que en otros contemporáneos famosos. Macedonio era criollo, con naturalidad y aun con inocencia, y precisamente por serlo, pudo bromear (como Estanislao del Campo, a quien tanto quería) sobre el gaucho y decir que éste era un entretenimiento para los caballos de las estancias.

Antes de ser escritas, las bromas y las especulaciones de Macedonio fueron orales. Yo he conocido la dicha de verlas surgir, al azar del diálogo, con una espontaneidad que acaso no guardan en la página escrita.

Definir a Macedonio Fernández parece una empresa imposible; es como definir el rojo en términos de otro color; entiendo que el epíteto genial, por lo que afirma y lo que excluye, es quizá el más preciso que puede hallarse. Macedonio perdurará en su obra y como centro de una cariñosa mitología. Una de las felicidades de mi vida es haber sido amigo de Macedonio, es haberlo visto vivir.

Jorge Luis Borges



Muerta mimosa tuya quiero ser
Elena Bellamuerte

No has de dejarme lejos en la Noche
sola dormir la que tu Día fue.
En guarda de tu pecho has de tenerme
y despertarme antes de amanecer.
¿No lo dijiste cuando yo partía
que ocurecer de olvido no tendría
el Día sin Tarde que nuestro amor fue?
Pues mira bien cómo me cuide tu alma
que tu mimosa muerta quiero ser.

Yacente solitaria, en oscuro y dormida
soy, la que no tuvo en su alma
un consentir posible a saberse olvidada.
No tiene poder su alma de saberse olvidada.
Sintiendo los murmullos constantes de tus pasos
en torno a mi yacer ¿y estarías lejos?

Tu muy mimada muerta quiso ser.
Que sintiendo tu paso en guarda mía
en mimos de la muerte está mi ser.
Es entera mi gloria porque muerta
esposo de la muerte, más cautivo
un amador logré.
Donde Adiós y Jamás a otros esperan
esposo de la muerte lo hube yo.

Cuando nuestro dolor fíngese ajeno.

Voz de un dolor se alzó del camino y visitó la noche;
trance gimiente por una boca hablaba.
Eran las sombras dondequiera. Mis manos
apartándolas para mis pasos
heridos de la impaciencia y el tropiezo
buscando aquel pedido de persona dolida.
Grito que ensombreció la sombra
volvió a enfriar el pulsar de mi vida.
Y tropezando con el alma y el paso
no de mi pena, de ajena pena,
creí afligirme, cuando hallé sangrando
mi corazón, por mí clamando,
¿qué desterrado de mi pecho habría?
Porque sólo al recuerdo su latido daba
y sólo en el recuerdo mi dolor estaba
y así desde el camino me llamaba
y apenas cerca me sintió, acogióse
a mi pecho triunfante como enojado dueño,
y al instante se dio a clavarme aquel latido:
el latir de su lloro del dolor del recuerdo.

Y hoy desterrarlo de nuevo ya no quiero.
Que ese dolor es el dolor que quiero.
Es Ella,
y soy tan sólo ese dolor, soy Ella,
soy Su ausencia, soy lo que está solo de Ella;
mi corazón mejor que yo lo ordena.

*A manos temblorosas cayó el Ahora
de lo que tembló en el presentir*

Ya es este el día, el presentido día
que temblaba en nosotros al pensarlo
entre los por venir del amor nuestro.
Día que habría de brillar sólo para uno de los dos
y en que vería mis dedos infelices llegándose a sus ojos
sin mirada, para correr los párpados. Que cubrieran
de miradas a los que ya eran ojos sólo para ser vistos.

Hay un morir

No me lleves a sombras de la muerte
a donde se hará sombra mi vida,
donde sólo se vive el haber sido.
No quiero el vivir del recuerdo.
Dame otros días como éstos de la vida.
Oh no tan pronto hagas
de mí un ausente
y el ausente de mí.
¡Qué no te lleves mi Hoy!
Quisiera estarme todavía en mí.

Hay un morir si de unos ojos
se voltea la mirada de amor
y queda sólo el mirar de vivir.
Es el mirar de sombras de la Muerte.
No es Muerte la libadora de mejillas,
esto es Muerte: Olvido en ojos mirantes.

Amor se fue

Amor se fue; mientras duró
de todo hizo placer.
Cuando se fue
Nada dejó que no doliera.

Creía yo

No a todo alcanza Amor pues que no puede
romper el gajo con que Muerte toca.
Mas poco Muerte logra
si en corazón de Amor su miedo muere.
Mas poco Muerte logra, pues no puede
entrar su miedo en pecho donde Amor.
Que Muerte rige a Vida; Amor a Muerte.

Palabras terminan

Más allá de ti, Muerte, fuimos con Ella.
Vuelos de la Muerte vivimos.
Y yo ahora solo. Ella tornada a ti.
Y después de ti me espera.
Deidad, ni Cielo, nombrar no lograron
al Misterio y quitárnoslo.
Tenemos Misterio que ni Deidad ni Cielos interponen;
su ademán distraente no quisimos.
Solo el Todo-Misterio indisminuido
en que nos sabemos eternos.
Desdeñamos distracción de leyendas.
Sólo un Misterio que no se nombra.
Sin Momento ni Lugar.

Era con mucha noche

Era con mucha noche
y grande soledad.
Recuerdo de compañía - que hubo y ya no había.
Era la sola compañía del solitario
en un camino que ante mí quisiera presentir.
Alzóse figura que tan tierna me fuera
alguien que me viera nacer, y yo vi morir.

¿Qué sucederá cuando morimos?

Tengo dos espectáculos terribles con pequeñitos seres: transido de furor de agresión rapaz el uno, de dolor, terror y hambre el otro, cuya proximidad humana me fue evidente.

Primer caso: una arañita que asediaba con furor a una mosca para aniquilarla o reducirla; giraba su hilo en un sentido y luego con el mismo vértigo en el sentido opuesto. Pues esa araña que con tal vivacidad y fiereza giraba, se detenía y volvía a girar inversamente, siempre en forma veloz, para mí era una psique humana que hubo individuada y ahora se expresa por esta forma.

Segundo caso: una vez en el campo, un peón sacó de una bolsa en que habían sido encerrados varios gatos chicos, uno de quizá dos semanas. Acaso hacía varios días que estaban arañándose y luchando dentro de la bolsa. Y ese animalito tenía un terror tan alarmado al menor gesto de acercarse a tocarlo; atacaba, chillaba, resoplaba, con una ira dolorosísima, gimiente, desesperante se puede decir, mientras miraba con los ojos muy brillantes y abiertos; quedaba quieto cuando nada se movía alrededor, como descansando; transparentaba una tortura de pavor e ira como no se puede concebir en un humano. Era un ser humano que estaba dominado por el terror y la ira. Era un ser humano que se manifestaba en esa forma.

La arañita y el gatito poseían psique humana. Esta psique, que había sido tal siempre, que consecutivamente a la muerte del cuerpo humano a que estuvo ligada siguió existiendo como un ser corporalmente microscópico (cf: Leibniz, "Monadología", párrafo 72 y *passim*), sin forma ostensible, llega un momento en que reasume, cuando las circunstancias cambian, una nueva corporalidad de ente viviente.

Como he prescindido de muchos detalles punzantes impresionaré poco al lector, pero asegúrole que en los dos casos, el gatito y sobre todo la arañita, más pequeña de un

centímetro, me dieron miedo. Agregaré que metafísicamente significan estos casos que estamos expuestos al no reconocimiento; la memoria perdurará pero sin esperanza de reconocimiento de la identidad: ahora esas psiques humanas poseen sus recuerdos pero ligados a sus propias figuras de araña y gato.

(“Papeles de Buenos Aires”, 1944).

Solicitada

(de Agradecimiento)

A L. R.:

Si mi carrera literaria fuera un éxito, la actitud de usted podría ser, o no, envidia. Como fracasos no se envidian, seguro estoy de la sinceridad de su juicio. Pero, tan, tan justo no es. Tan, tan mal no escribo.

Quizá no le guste saber que usted me ayuda; siempre he creído que la simple “mención de autor” beneficia a éste, igual con adjetivaciones adversas que con aprobaciones. Los dos estamos en lo mismo: en cobrar existencia. Yo paso todo el invierno en quitarme el frío. Y todo el año en quitarme la inexistencia. A ello usted me ayudó; no tanto como para hacerme resucitar, como hicieron conmigo tantas veces Scalabrini Ortiz, Borges, Hidalgo, González Lanuza, Soto, Bernárdez, González Carbalho, Marcos Fingerit, G. Laferrere, Denis-Krause (de Gómez de la Serna no digo que me resucitó pues hasta puedo decir que me nació). Particularmente H. Rega Molina inventó un Obituario de Resucitados e inauguró la Sección conmigo, el más muerto y resucitado por año.

Todo viviente es inmortal, sólo el hombre lo es con miedo de muerte; y solo se lo quita consiguiendo que le tuesten la “existencia”, y este tostado, esta consistencia se la da a su existencia la mirada (mención, publicación) a su existir y su nombre. Las ciudades, en parte las patrias y la unidad universal de la humanidad, no han sido hechas porque el hombre sea sociable; no lo es, sino conventillero: toda la publicidad, cátedra, libros, oratoria, arte, es para que nos vean la existencia; sin color, olor ni sabor el agua no tuesta el pan. La vida que nos miran se calienta. Quedemos agradecidos. (Sería largo enumerar todo lo que de puro conventillero ha hecho el hombre: casi toda la Historia. Mandar, entrometerse, enjaular a

las tribus felices y hacerlas trabajar a horario, cambiar íconos, misionar, imponer opiniones, cambiar modos de vivir y gobiernos).

Me quedé pues sin lo único que hubiera podido darme creencia en un éxito: me sigue faltando el primer envidioso. Creo muy certera su crítica en cierta parte; creía saber yo solo dónde estaba mi falla principal. También se puede acertar descubriendo algo bueno en un autor. No hay que especializarse tanto. Creo en su éxito, y se lo deseo, en los talentos de crítico, que son dos.

También opina que el libro es innecesario. ¿Pero qué hago yo ahora? O usted no es un crítico necesario o si lo es debe darme el remedio. ¿Cómo hago para que no exista, si ya está publicado? O si no, usted es un mal convivente pues es antisocial señalar defecto no remediable; la crítica necesaria vale por lo que ilumina y auxilia y hasta reconduce a uno a la autocrítica, en la que somos tan remolones.

Ya dije, a propósito de la Historia, lo que no debemos ser; hay que elegir entre no entrometerse o ayudar.

Es fuerte cosa verse clasificado "autor innecesario"; en mi inocencia me fié; los críticos por usual cortesía, no ponen tanta Cantidad en sus vocablos de censura. Nos han preparado mal para la Verdad, que es la única preocupación de usted.

Agradezco la mención y lo saludo.

M. F.

("Papeles de Buenos Aires", 1945)

